

Vuélveme el gozo de tu salvación

Autor: Le Messenger Évangélique

Texto bíblico:

Salmos 51:10-12

Vuélveme el gozo de tu salvación

David había pecado —cosa que llega a todo creyente—, pero su pecado era grave en gran manera: adulterio, y luego homicidio. No obstante, ningún pecado es demasiado grave para no ser perdonado. El camino de la restauración está siempre abierto, por muy grande que sea la falta, pues “de Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar” (Daniel 9:9).

Pero Dios quiere “la verdad en lo íntimo” (Salmo 51:6). Por eso, después de una caída se necesita la restauración que tiene lugar sólo por medio de una confesión sincera, reconociendo y juzgando el estado del corazón que condujo al pecado.

Por medio del ejemplo del rey David, después de su pecado, Dios nos describe este camino de vuelta a su comunión. Utiliza para esto la propia pluma de aquel que Él restaura. El salmo 51 lleva, en efecto, la suscripción: “Salmo de David, cuando después que se llegó a Betsabé, vino a él Natán el profeta”.

En los versículos 10-12, David dirige a Dios varias peticiones cuyo propósito es reencontrar un buen estado interior —estado caracterizado por una comunión constante e íntima con su Dios—. A menudo tenemos tendencia a ocuparnos más de nuestro hombre exterior —de nuestro cuerpo— que de nuestro hombre interior, “el interno, el del corazón” (1 Pedro 3:4). El apóstol Juan hace constar en su tercera epístola que Gayo había escogido las justas prioridades: desea que Gayo sea prosperado en todas las cosas, así como prospera su alma (v. 2).

En estos versículos del Salmo 51, David habla de un “espíritu recto”, del “santo Espíritu”, y de un “espíritu noble”: tres expresiones que deben llamar nuestra atención.

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (v. 10)

En primer lugar, David pide a Dios un **corazón limpio**. Mientras el hombre interior esté sucio por el pecado, no puede gozarse en nada en la comunión con Dios. David es muy consciente de que la intervención indispensable de Dios no puede limitarse a una acción superficial. Debe “crear” en él un corazón limpio.

El rey según el corazón de Dios se había gravemente relajado. No había velado para mantener sus ojos firmes en su Dios. En otros tiempos, mientras se hallaba en un buen estado espiritual, pudo escribir: “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo” (Salmo 27:4).

Satanás siempre se esfuerza en apartar nuestras miradas y nuestros pensamientos de Cristo; no importa en qué dirección. Sabe muy bien que el discernimiento y la fuerza interna de un creyente dependen exclusivamente del espacio que Cristo ocupa en su corazón. Cristo es la medida con la cual todas las cosas se deben medir si deseamos tener una apreciación correcta.

Pedro nos exhorta: “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento” (1 Pedro 1:13). En otros términos: no dejemos errar nuestro espíritu, sino liguemos nuestros pensamientos como con un cinturón y démoslos una clara y firme orientación: Cristo.

La rectitud y la integridad fueron los rasgos característicos de David. Las Escrituras mencionan varios testimonios de ellos (véase, entre otros, 1 Reyes 14:8; 15:5). David mismo, viviendo en la luz de Dios, y manteniendo una buena conciencia delante de Él, abrió más de una vez su corazón a Dios, hablándole de este estado interior que sabía que era aprobado por Él (véase por ejemplo: Salmos 7:8-9; 17:1-3; 18:20-26; 26:1-4; 101:2).

Pero después del asunto con Betsabé, una sombra pasó por su corazón. ¡No había actuado con rectitud! ¡Qué tormentos debieron torturar su alma durante todo este período, en el cual “calló”, rehusando reconocer sus faltas, hasta el momento en que dijo: “Confesaré mis transgresiones a Jehová” (Salmo 32:3-5)! Y luego, en el Salmo 51, pidió a Dios: “Renueva un espíritu recto dentro de mí”. Comprendió que la obra de restauración de su alma estaba en las manos de Dios, y en él solo esperaba para cumplirla.

“No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu” (v. 11)

Como acabamos de verlo, el versículo 10 se aplica directamente a nosotros. ¿Ocurre lo mismo con el versículo 11? Aquí se observa claramente que David, el escritor del cual se sirve el Espíritu Santo, no pertenecía a la época de la gracia. Era un israelita que vivía en la época de la ley.

Hoy en día, ningún motivo puede llevar a un creyente a decir: “No me eches de delante de ti”. Aquel que cree en el Hijo de Dios y se apropió de su obra redentora cumplida en la cruz “tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). Vea sobre este tema, entre otros pasajes: Juan 3:36; 10:27-29; 1 Juan 5:10-13. Dios no rechazará jamás a aquel que es su hijo por la fe.

¿Qué significado tiene, pues, para nosotros esta petición de David? ¿No expresa su intenso deseo de tener comunión con Dios? David había pecado gravemente, y Dios le había mandado al profeta Natán para hacerle tomar conciencia de su pecado. Desde entonces, el sentimiento de que sus comunicaciones íntimas con su Dios fueron interrumpidas por este pecado se le tornó insostenible.

La gravedad particular del pecado de David no debería debilitar para nosotros la enseñanza de este pasaje. Cada pecado es abyecto y separa de Dios, quien es luz. Cuando la conciencia de David fue alcanzada, comprendió el principio fundamental de que el pecado separa de Dios. Para el inconverso, es una separación en cuanto a su posición delante de Dios; y para el creyente, es una **ruptura de la comunión con Dios**.

¿Cómo puede ser que nos encontremos tan fácilmente en situaciones en las cuales el pecado pueda sorprendernos y asediarnos, y que a menudo tomemos conciencia tan tarde de la tentación o no la tomemos en serio? ¿No será porque la comunión con Dios nuestro Padre, y con el Señor Jesús, tiene poca importancia para nosotros? En general tenemos más cuidado en las cosas en que centramos nuestros esfuerzos. El creyente que mantiene una verdadera relación de corazón, una comunión de pensamientos y sentimientos con su Dios y que goza de ello, será guardado de muchos peligros, y si peca, el Espíritu de Dios lo llevará enseguida a reconocer y confesar su falta, para conducirlo después a la restauración.

Luego, David pidió a Dios: “No quites de mí tu santo Espíritu”. Si comprendemos este pasaje como una alusión al Espíritu de Dios, debemos recordar que un creyente del tiempo actual no puede jamás perder el Espíritu. En cuanto a David y a los hombres de su tiempo, el Espíritu de Dios podía **venir sobre ellos** (Jueces 3:10; 6:34; 11:29; 1 Samuel 10:10; 16:13; 2 Crónicas 24:20). Pero el Espíritu Santo **mora** hoy en los creyentes (1 Corintios 3:16); estará con nosotros para siempre (Juan 14:16-17).

Sin embargo, lo que podemos perder es la **conciencia de la santidad de Dios**. David la había perdido durante su alejamiento. Ahora bien, es una de las metas del Espíritu mantener en nosotros este sentimiento y conducirnos a la santidad práctica, guardando nuestra vida siempre más en armonía con las enseñanzas de la Palabra, ya sea en las pequeñas elecciones cotidianas como también en las grandes decisiones.

Jesucristo fue el único hombre en esta tierra que conoció perfectamente lo que es la santidad de Dios. Habla de esto en el Salmo 22, cuando tuvo lugar el momento álgido de sus sufrimientos, durante las tres horas de la cruz, en la cual fue hecho pecado por nosotros. Este salmo comienza con el grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” No hay respuesta de parte de Dios, pero en el versículo 3, Cristo da él mismo la respuesta: “Pero tú eres santo...”. Estas palabras del Señor nos dicen que el Dios santo actuó con perfecta justicia al apartarse de él. Precisamente a causa de su santidad, Dios tuvo que desampararlo, cuando estaba clavado en la cruz, cargado de nuestros pecados y hecho pecado por nosotros.

¿Pensamos a menudo, en nuestra vida cotidiana, en los sufrimientos de nuestro Salvador? ¿No debemos confesar que la **santidad** de Dios ocupa poco nuestros pensamientos y nuestro corazón? Y, en consecuencia, contristamos muchas veces al Espíritu Santo, perjudicamos su acción y nuestro servicio para el Señor, perdiendo así el gozo y el poder de la comunión con nuestro Dios.

“Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente” (v. 12)

Durante las vigilias de la noche, los pastores escucharon la voz del ángel: “No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo... que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor” (Lucas 2:10-11). El Salvador apareció. Trajo la salvación de Dios. ¡Qué motivo de gozo para aquel que lo acepta! El hecho de haber encontrado esta salvación fue la razón por la cual el eunuco de Etiopía siguió gozoso su camino (Hechos 8:39).

Cuando Dios envía su luz a un corazón, tiene lugar primeramente la tristeza en cuanto a los pecados, y éstos son confesados. Luego, cuando el alma encuentra la paz, porque acepta al Salvador y porque sus pecados están perdonados, el gozo inunda su corazón. Es el gozo de la salvación. Esta última no se pierde, sino que podemos perder el gozo. Y será así para cada pecado que no confesemos o que no arreglemos delante de Dios desde que hemos tomado conciencia de él. Es lo que le pasó al rey David.

El rey amado de Dios dice en el Salmo 16:11: “En tu presencia hay plenitud de gozo”. Cuando el creyente busca el verdadero gozo, puede encontrarlo sólo en un lugar: ante la faz de Dios, en la comunión de su Dios. Allí no encontrará las aguas turbias y falsas de los placeres de este mundo (Jeremías 2:18), sino ¡una “plenitud de gozo”! Para un creyente, una vida sin un profundo y verdadero gozo no es digna de ser vivida.

¿Y qué es de nosotros? Pongamos en orden lo que tenemos que poner en orden; confesemos lo que tenemos que confesar; busquemos la cercanía de nuestro Señor, recordemos la gracia de nuestro Dios y pidámosle nosotros también: “Vuélveme el gozo de tu salvación”.

Y cuando esta gracia nos sea dada, dirijamos nuestra mirada hacia adelante y pidamos también como David: “**Espíritu noble** me sustente”, un espíritu que discierna el bien, que saque sus fuerzas de la comunión con el Señor. Es el espíritu de aquel que decidió en su corazón mantenerse alejado del mal, ser fiel a su Dios, luchar por su Señor y sufrir por Él.

El que puede pedir a Dios un espíritu noble es aquel que confesó que no hay nada en sí mismo en que pueda apoyarse. Es consciente de su debilidad y no se deja guiar por su propia voluntad; su ser interior está de acuerdo con Dios. Su vida está caracterizada por el poder espiritual, por la operación del Espíritu Santo, por la santidad práctica y por el gozo.